

# Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: **IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO**

— LXV —

**MAX GRILLO.** (1868-1949)—*Emociones de la guerra*—Apuntes tomados durante la campaña del Norte en la guerra civil de tres años—11½ x 16½ ctms.—304 págs.—Imprenta de “La Luz”—Bogotá, MCMIII.

Max Grillo nació en Manizales el 28 de agosto de 1868 y murió en Bogotá, en diciembre de 1949.

Poeta, ensayista, historiador, dramaturgo, periodista, legislador, revolucionario, diplomático, gran propulsor de la cultura colombiana.

Hizo estudios de bachillerato en el ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, bajo la rectoría de don José Manuel Marroquín, y profesionales en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, donde se recibió de abogado en 1892.

En el año últimamente citado fundó, en asocio de Salomón Ponce Aguilera, la “Revista Gris”, órgano del movimiento modernista del país, y vehículo divulgador de la literatura europea de fin de siglo, que alcanzó varios volúmenes, en los que colaboraron las plumas más prestigiosas de Colombia y de otras naciones del continente.

Fue también fundador de algunos periódicos de lucha política, como “El Vigía” y “El Autonomista”, que seguían la inspiración del general Rafael Uribe Uribe.

Tomó parte activa en la guerra civil de los mil días, y como resultado de esas experiencias compuso un libro magistral, *Emociones de la guerra*, cuya primera edición vio la luz en Bogotá, en 1903. Se reeditó años más tarde en París, en la Librería Paúl Ollendorff, con el título de *Los ignorados*, (1912), y finalmente se hizo de este libro una tercera edición, en

1934, con el título primigenio, por Juan Lozano y Lozano, como volumen segundo de *Los clásicos de Colombia*, serie que murió en sus comienzos, como tantas empresas nuestras.

En 1904 fundó Grillo, en asocio de Sanín Cano, de Hineztrosa Daza y de otros literatos colombianos, la "Revista Contemporánea", de la que aparecieron dos volúmenes, de no poca importancia en la historia de las letras nacionales.

Grillo fue colaborador asiduo en la mayor parte de los periódicos literarios colombianos y en varios del exterior, particularmente en España, Inglaterra, México, Venezuela, Cuba, Bolivia, Brasil y la Argentina.

Además de la obra ya mencionada, objeto de este comentario, Max Grillo publicó las siguientes:

*Raza vencida*. Tragedias en dos actos. Bogotá, MCMV.

*Vida nueva*. Drama en tres actos y dos cuadros. Bogotá, 1908.

*Alma dispersa*. París, 1911.

*En espiral*. Poesías. París, 1916.

*Santander*. El hombre civil. El Guerrero. Bogotá, 1919.

*Ensayos y comentarios*. París, MCMXXVII.

*El hombre de las leyes*. Bogotá, MCMXL.

*Granada entreabierto*. Vol. 82 de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá, 1946.

Fue el doctor Grillo secretario de la legación de Colombia en La Paz, Bolivia; encargado de negocios de Colombia en Río de Janeiro, Brasil. Residió largos años en Europa, dedicado a sus predilecciones artísticas y literarias. Con la colaboración literaria de Grillo en revistas y periódicos del mundo de habla hispana, podríanse formar varios volúmenes más, distintos de los ya referidos.

Poeta de la naturaleza, primeramente y hasta el fondo, calificó a Grillo el maestro Sanín Cano. Y añade: "Ha tenido ocasión de observar la vida en todas sus faces. Ha contemplado la muerte de cerca, la muerte gloriosa y subitánea, bajo el sol de los trópicos, en una atmósfera azul y diáfana donde se disolvía el espíritu de los moribundos como los versos impares, según el dicho de Verlaine...".

La lectura de este libro primigenio de Grillo, *Emociones de la guerra*, confirma plenamente el concepto del crítico colombiano.

Quiso hacer el autor, antes que un escueto relato de la campaña militar revolucionaria en que tomó parte principal, con gráficos, datos estadísticos de recursos y efectivos militares, armas y municiones de guerra, etc., una obra de arte, en la que el poeta, autor del libro, encarna en la persona del protagonista, Jorge Peralta, que aparece en las páginas del libro transmitiendo, antes que la visión objetiva de las cosas, la reacción de sus propias emociones frente a ellas.

Procedimientos similares pusieron en boga, años más tarde, para transmitir sus impresiones de la primera guerra mundial, literatos que participaron en ella, como Adriano Bertrand, Louis Dumur, Henry Barbusse, Remarque y otros, y lo propio hicieron, en ocasión del segundo conflicto bélico universal, novelistas como Theodor Plievier y Nikolai Nikitin. Claro que tuvieron no lejanos antecedentes —el colombiano y los europeos— en la técnica novelística de Víctor Hugo y de León Tolstoy, entre otros.

Lo que la generalidad de las gentes no suele ver, apreciar ni sentir frente a la guerra, lo verifican sin dificultad los poetas que en ella intervienen, es decir quienes con más sinceridad y verdad la sufren y la comprenden. No los emboscados ni quienes reconstruyen apenas con la imaginación, desde la paz de sus escritorios, lo que nunca vieron sus ojos corporales. Así lo siente Goethe, si hemos de creer a su confidente Eckermann, en sus *Gespräche mit Goethe*, al transcribir un coloquio del domingo 14 de marzo de 1830, y lo enseña Georg F. Nicolay en su valiente libro, escrito a raíz del primer conflicto mundial de este siglo, *Biología de la guerra*, que nuestro compatriota no podía conocer quince años antes de ser escrito.

En el prólogo a sus *Emociones*, escribió Max Grillo, como fijando su posición espiritual y artística frente a la contienda:

“Estéticamente considerada la guerra, tiene dos faces: una grande y hermosa, otra vulgar y mezquina. Es bello el momento en que los soldados se aprestan a seguir al combate, nerviosos e inquietos, con los ojos encendidos por un fuego que chispea y parece oscilar con las fuerzas del espíritu. Descubre una solemne resonancia la voz de los que antes de marchar a la batalla saludan con un grito al jefe que los conduce, para demostrarle que sus corazones están dispuestos a penetrar en el peligro. Es sublime la bandera que recibe el beso acariciante de sus compañeros y se la ve participar de su alborozo. Llega a los corazones el toque de atención en el instante de avistarse los combatientes. La corneta que suena allí no es la misma que se escucha en los cuarteles o en las calles de la ciudad tranquila: en el campo de batalla y en los minutos que preceden a los primeros disparos, revela su prestigio, su poder animador, su alma elocuente; vive con el pecho que la anima, habla por los labios de un hombre que siente en ese minuto todo el poder de la vida y de la muerte, toda la locura y todo el desequilibrio del valor capaz de olvidarse a sí mismo y de arrancar al instrumento bélico una nota, una armonía que vuela por cima de los cadáveres y se impone a las descargas de los fusiles...

“Nunca la actitud del mármol o del bronce de la estatua que cincela el artista, tendrá la gallardía, el soplo inquietante, imposible de eternizar porque la vida es fugitiva, que tenía un joven de musculatura acerada, cabeza hermosa y grandes, profundos ojos sonrientes, que tocaba *a la carga!* una tarde en la *Cuchilla de Ramos*, mientras en la próxima colina disparaban los máuser sus fognazos de un rojo de brasero y las balas restallaban en el suelo como fustas ardientes. Se difunde con reposo entreverado de misterio el toque de silencio por las hondonadas o las sierras donde acampa el ejército victorioso. Las llamas de las hogueras encendidas en la paz de la noche iluminan un vasto circuito, fuera del cual se aglomeran las sombras, y ascienden las luces errantes hacia la bóveda en que las es-

trellas en honda lejanía sugieren visiones de olvido y de sosiego infinitos a los espíritus curiosos que desean ver las moradas de la vida y la muerte, y que sueñan cuando otros descansan de las fatigas.

“El valor resignado o reflexivo; la abnegación del que muere satisfecho de su sacrificio, sin haber pensado en fama ni en recompensa; la trágica grandeza de las pasiones que se desarrollan en la lucha; el desprecio de los peligros más ciertos; las alegrías que despierta el triunfo; la tristeza reconcentrada de la derrota; las exclamaciones de la desesperanza y de la cólera, que hacen recordar los acentos de los héroes de la *Iliada*; la inutilidad del esfuerzo y el desinterés de los corazones; la constancia que sobrepone a las emboscadas de la fortuna, y la energía que doma las cosas rebeldes; las ambiciones gloriosas del que siente la conciencia de la acción y la noble pequeñez de los que sucumben por un deber oscuro, esto, y mucho más, evoca el recuerdo de la guerra.

“El paisaje se desasosiega, se recoge taciturno o se muestra airoso. La vida se desequilibra; los ríos nunca parecen serenar su corriente; los bosques no sugieren sensaciones apacibles; la tierra apaga la voz de sus armonías; no se encuentra en el cielo la expresión conocida, la luz habitual; las cosas pasan perseguidas por la fatiga; el sol se inmuta durante las batallas y la luna preséntase alucinada y enfermiza; las sombras de la noche adquieren un relieve fantástico y se diría que se condensan al rededor de los combatientes; las aves huyen; solo el cuervo, que lustra su plumaje con la grasa de los cadáveres, sigue desde las alturas la marcha de los ejércitos y se expone a los peligros; sus ojos diabólicos escudriñan los lugares vecinos al centro de los fuegos, y se regocija, saciada varias veces el hambre, en contemplar a los hombres que pelean con encarnizamiento...

“Vulgar es el otro aspecto de la guerra: por el predominio de la violencia y de los instintos insociables; por el encumbramiento de personas que suelen carecer de elevación; por el contacto estrecho con las pasiones menos delicadas. Se encanallecen hasta las almas suaves y pulcras que hacen esfuerzos imposibles por inadvertir la vulgaridad ajena; se despiertan los sentimientos bajos, desconocidos quizás de los mismos que los ven aparecer en su pecho; se vive en comunidad forzada que exaspera a los hombres educados en una escuela de elegancia moral o exquisitos gustos, y pone en relieve sus discrepancias en ideas y emociones con la mayoría de sus compañeros. Las penalidades y las miserias diarias embrutece; la imaginación se menoscaba con los excesos de la fatiga. Las palabras son groseras, los actos violentos. Sufren los sentidos y cualquiera distinción desaparece en una existencia precaria en que la mugre señorea los cuerpos y todo se confunde y se mezcla...”. (Págs. 17-25).

En XXIV capítulos narra el autor las principales incidencias y el desarrollo general de la campaña del Norte, que dirigió Uribe Uribe, de quien Grillo fue ayudante, con el grado de teniente. Sin embargo, no debe esperarse encontrar en este bello libro una visión panorámica completa de lo que fue la guerra civil de los mil días en las comarcas norteñas de la república. Sin curarse de la rigidez cronológica, y atendiendo, quizá, ante todo, a los motivos estéticos de la narración, el autor fue agrupando en

sus páginas episodios sobresalientes de aquella contienda, en torno a los cuales traza su prosa descripciones magníficas, grandiosos cuadros en los que alternan las luces y las sombras, al lado de reflexiones morales y sociológicas, de hondos atisbos psicológicos, de tal cual rasgo de doliente pesimismo que la tremenda realidad circundante le inspira.

A veces, basta insignificante detalle para colorear la pluma del narrador en vívidos colores, y producir esta acuarela de punzante realismo:

“Al llegar a la planicie, entre la dispersa hueste que no apresuraba el paso en la roca, cual si no temiera persecución del contrario, se fijó en un caballo que agonizaba en el camino, asediado por el pico de los gallinazos. El sol se había escondido detrás de los montes lejanos y la luz del crepúsculo doraba débilmente el polvo estremecido por las plantas de los derrotados. La presencia del bruto moribundo era dolorosa; no se quejaba él como los hombres heridos, que por su propio querer buscaron la oportunidad de derramar su sangre; la agonía de la bestia era silenciosa, solemne; solo movía las manos mientras brillaban los ojos glaucos muy abiertos, y las aves carnívoras con sus alas negras golpeaban su piel blanca y suave... Peralta experimentó la tristeza que se apodera del hombre ante el esfuerzo inútil...”. (Págs. 96-97).

A veces, en medio del relato de una marcha, o de una maniobra militar, finas y oportunas observaciones, como la siguiente:

“Hemos observado que los hombres de intelecto y de imaginación, a la manera de Uribe, rara vez se dan cuenta del dibujo del terreno en los lugares accidentados y menos por indicaciones y datos de otras personas. Posee Uribe un instinto que los ingenieros educan y que puede llamarse instinto corográfico. Adquirimos también la certeza de que sin esta virtud será difícil encontrar un táctico que gane firme gloria. Napoleón conocía más exactamente, al echar una mirada, las ventajas o inconvenientes del terreno para la guerra, que sus contendores habituados a contemplarlo. El ojo del guerrero, como el del artista, debe abarcar detalles y conjuntos con la misma penetración inteligente. Gustavo Flaubert y Napoleón tuvieron un mismo talento, aunque diversas energías. En Austerlitz observó Bonaparte desde el primer momento los pantanos cubiertos de nieve que estaban dentro del campo; midió los peligros que ofrecían al enemigo y lo dejó acercarse a los tremedales para luego romper con la artillería la sábana de hielo y producir la *dégringolade* de los regimientos austro-rusos...”. (Págs. 106-107). Exactamente lo mismo —recordamos— de lo ocurrido con Hindenburg para lograr la victoria de Tannenberg o de los Lagos Masurianos, en la primera guerra universal, contra tres poderosos ejércitos moscovitas del Gran Duque Nicolás, generalísimo de ellos.

La descripción de uno de los episodios más heroicos de la guerra, el paso del puente de La Laja, por Uribe y diez compañeros más, está narrado por el autor de este libro con la sobria sencillez de un austero parte militar. No obstante que la hazaña de Peralonso fue realmente digna de un canto homérico, porque el valor personal de sus ejecutores rayó un grado más allá de lo heroico.

Es realmente hermoso, y escrito con finura y emoción, el episodio sentimental de Carlos Ríos, incrustado en medio de la narración bélica, como para darle al conjunto variedad e interés. En este capítulo (XIV) brillan más que en otros las cualidades de Max Grillo como artista de la palabra escrita y excelente cultor del cuento, en el que no es solo un pintor del paisaje exterior y un consumado narrador de las peripecias de los personajes, sino un fino conocedor de los secretos y las reacciones del alma humana.

Unos fragmentos hablan por sí solos de la magia del estilo y de las calidades de penetración del autor de este libro:

“...—Voy a referirles, empezó la señora Ursula, la manera como llegó a nuestra casa el amigo de ustedes, nuestro amigo. A su madre, a sus hermanas, pueden ustedes referirles mis palabras.

Hubo un silencio. Parecían los circunstantes respirar con angustia. Ursula continuó:

—Al tercer día del combate se atrevieron las gentes de la ciudad y de sus alrededores a recorrer con calma los sitios de la matanza. Quedaron tan aterrorizados los habitantes, que se olvidaron de los deberes de la caridad cristiana. Las virtudes se entorpecieron con los instintos; pero en seguida se despertaron. Una viejecita que vive por la quebrada de *La Iglesia* fue de los primeros visitantes del campo. Se deslizó por los callejones, entre los árboles, y en la ceja del bosque oyó un débil lamento. Era un herido que con las piernas rotas se arrastraba trabajosamente en busca de lo desconocido. La anciana se acercaba a reconocer los cuerpos tendidos en el camino. Les quitó a los muertos algunas prendas. El primer vivo a quien halló fue Ríos; estaba moribundo; su sangre había brotado en abundancia; luego le llegaron los tormentos del hambre y la fiebre. “Sáquenme de aquí”, alcanzó a decir a la viejecita. Corrió esta a su choza; contó a su marido lo que acababa de ver, y con presteza ambos arreglaron una camilla de varas y juncos, dirigiéndose al sitio donde permanecía el herido. Con dificultad lo trasladaban, y ya veían la choza, cuando se presenta una partida de soldados ebrios, lanzan palabrotas y groseramente empujan a los conductores de la camilla la cual rueda martirizando al herido. Quieren rematarlo con las bayonetas. Los viejos, de rodillas, piden por la Virgen la vida del agonizante. Los soldados acceden con la condición de que, si se salva, presenten a Ríos en el cuartel. En casa de los campesinos pasó unos días. Los viejos le llevaron hilas y ácido fénico. Después fue traído a la ciudad. Lo recibimos en esta casa...

Hizo una pausa la señora Ursula y prosiguió luego:

—Era un joven interesante. Nuestros cuidados le volvieron a la vida. Creíamos salvarlo. Llegó un día en que cantábamos victoria; desapareció la fiebre, las heridas perdieron el color alarmante; pero si el cuerpo se reponía, el espíritu ansiaba la muerte. Lo invadió una tristeza desoladora. Sentábase en el lecho y pedía una guitarra para entonar canciones de amor y de guerra que nos hacían llorar. Sus ojos brillaban con reflejos de acero y parecían enloquecidos; su voz penetraba los corazones.

Un día nos contó los padecimientos que experimentó después de ser herido.

Iba a cumplir una orden de su jefe. Las balas cruzaban el aire candente. De pronto sintió un golpe, un fuetazo como con vara de hierro. Su sangre acudía al cerebro, y nada más sintió... Al despertar reinaba el silencio de la noche. Las estrellas le parecieron muy turbias, muy frías, muy lejanas. Aullaban los perros con fatídico desasosiego y se oían débiles lamentos. Pasó un animal montés olfateando los despojos. Extendió la mano y tocó un rostro frío, yerto. ¿Quién sería ese compañero mudo? La luz llegaría, la luz iba a presentárselo. Pero el sol no tornaba nunca a los cielos negros, donde asomaban las estrellas indiferentes sus pupilas eternas. Los minutos eran años. ¡Horror, horror!

¿Qué habrá sucedido? ¿Dónde se hallaban sus compañeros? ¿Derrotados? ¡Imposible! Su fe en la victoria era inquebrantable. ¿Por qué sentía aquel espantoso silencio, y por qué las cosas aparentaban aquel aire de eternidad y de reposo infinito? Gritó; llamó a sus amigos. Su voz no tuvo respuesta, solo el viento agitaba las hojas de los árboles y hacía caer ramas muertas. Creyó sentir el estruendo del combate, el silbido de las balas al restallar en el viento: era el eco que aún resonaba en sus oídos, la sangre que volvía a sus sienes como una culebra agitada por el insomnio y la fiebre.

El sol al fin se levantó por cima de los montes. Risueña era la mañana, risueña e indecisa. El hambre lo mordía, la sed lo devoraba. Miró con ojos de angustia el campo; se bebió los primeros fulgores. Dos cadáveres, rígidos los miembros, hinchados los vientres, con las pupilas abiertas y vidriantes, le hacían cerco. Envidió su muerte: para ellos el destino se mostró compasivo; ¡pero cómo sufría él todos los dolores! Si pudiera matarse, poner fin a sus amarguras. Se arrastró con grandes esfuerzos en busca de un herido que le acompañase, que muriese con él en un mismo instante. Se arrastró en busca de un manantial, de un charco. Se aproximó a una fuente, mas no pudo llegar a sus ondas, porque le fue imposible salvar un foso que lo separaba de su frescura. Con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba las aguas, y en los remansos le parecía ver a su alma cabrilear y bañarse, separada para siempre del cuerpo...

Se arrastró luego hacia los manglares de la ceja de bosque. Allí lo halló la viejecita.

Las heridas tomaban mal aspecto; en opinión de los médicos podía sanar porque la complexión del enfermo era robusta y la juventud es una fuerza reparadora, pero siempre que el espíritu se preste a la labor de la naturaleza, y Carlos se empeñaba en morir, en acabar a todo trance. Nos pedía café como otros pueden pedir morfina, y su sistema nervioso se conmovía demasiado. Sintió impulsos de locura...

No debo seguir. Ustedes saben el fin de Carlos. ¡Reposa allá!... Y la señora Ursula mostró el camposanto de Bucaramanga...

Se levantaron los visitantes para despedirse... En su silla, en extremo pálida, la doncella vestida de blanco agitaba entre sus pestañas los flecos sedosos de las plumas doradas y azules de su abanico que parecía el símbolo de una princesa de Oriente...". (Págs. 171-176).

Decididamente, en este libro aparece siempre y ante todo, de cuerpo entero, no el combatiente, el revolucionario, el faccioso, el reivindicador, sino el poeta, en la plenitud de la inspiración y del sentimiento. Y no son los episodios de gloria, de marcial deslumbramiento, de épica grandeza, los que más hieren su sensibilidad, sino los otros, esos en los cuales el espectáculo de la muerte y la pesadumbre de la derrota ensombrecen el espíritu de los vencidos. Tiene a este propósito páginas magistrales, como las del Cap. XVII, a las que pertenecen estos fragmentos en los que una vez más pueden apreciarse las calidades del gran estilista que las compuso:

“Los había sorprendido la noche en la marcha, una noche de horizontes resplandecientes, acerados y firmes, surgidos de las reverberaciones del mar, extendido allá, muy lejos, detrás de las selvas color de humo dorado por entre las cuales corren el Catatumbo y el Zulia. Los sorprendió la noche orillas del Peralonso, que se precipita con rumor sordo y reconcentrada cólera formando tumbos entre las piedras.

Las luciérnagas, temblorosas chispas de luz verde, pululaban en el ambiente de olores de osario, o se detenían en las campánulas moradas florecidas en los grumos de follaje dispersos en las veredas amarillentas y solemnes.

La luna apareció y su lumbre sugestiva al iluminar los árboles y las ondulaciones del camino, prestó al cuadro de la naturaleza acre, de tierra caliente, un aspecto melancólico en que se sentía transitar un alma taciturna. Pasaba la tropa por el campo teatro de batalla cincuenta días antes. Los soldados iban rememorando los detalles del formidable choque. Se acercaban al célebre puente que resplandecía con sus blancas paredes mordidas por los proyectiles.

Y pisaron los despojos de los muertos en la lid. Albeaban los huesos insepultos; las calaveras blanquísimas, como de hombres jóvenes, con los dientes intactos, brillantes y apretados; los fémures y las tibias limpios de todo nervio por el pico de las aves de rapiña; los costillares encorvados, como de animales que no se han disuelto bajo la tierra en estrechos sepulcros donde los gusanos corroen las cales y fosfatos, donde nuestra madre silenciosa se asimila su pitanza; las manos con la piel convertida en pergamino, en guante, por entre cuyas costuras sacaron los cuervos la carne, dejando los dedos separados, distendidas sus cuerdas como amenazantes, como dolientes, como dispuestos a levantarse y a herir a sus profanadores. Aquello espeluznaba, producía en Jorge Peralta un escalofrío inarticulado, una compasión infinita que le hacía creer era su alma el asilo piadoso de las almas de los muertos insepultos...”. (Págs. 202-203).

El relato de la retirada del ejército de la revolución, a través de las montañas del Magdalena —proeza desesperada, e inexplicable en un llanero, como el generalísimo Gabriel Vargas Santos— le da ocasión a Max Grillo para exhibir la sombría variedad de tintes oscuros y trágicos que guardaba en su paleta. Todo el tormento inenarrable de hombres y bestias, atrapados en los tremedales de la selva, perdidos bajo la inmensa

comba sin luz, poblada de fantasmas y animales ponzoñosos, llena de charcas pútridas, de miasmas deletéreos, de impresionantes silencios y de ruidos enloquecedores, lo describe el autor de mano maestra, transmitiendo a los lectores su pálido horror, el miedo, capaz de transtornar el juicio, como a los compañeros de Clemente Silva en *La vorágine*.

En medio de todo, el autor piensa en los primeros exploradores del territorio colombiano, y con toda espontaneidad declara: "Los conquistadores recorrieron una vía semejante en su marcha a la altiplanicie. Ahora podemos medir su constancia y hacerles justicia, sobre todo a los caballeros sublimes que venían desde España. Se ha dicho siempre que los castellanos solo buscaban oro. ¡Oh, no! Únicamente por amor a la gloria, a la libertad o a la ciencia se imagina tal empresa. También en servicio de la fe sincera. Lo demás es vulgar...". (Págs. 278-279).

Libro magnífico este de Max Grillo sobre la guerra de los mil días, pleno de vitalidad, de emoción, de arte y belleza verdaderos y cuya edición príncipe es ya joya bibliográfica de raro precio.